

En esto asomó el alcalde por lo alto de la cuesta, y el síndico lo vió, y dijo:

—El Ayuntamiento tiene ya gana de almorzar.... Por este sendero de la izquierda se llega más pronto á la Ermita; yo voy á dar la vuelta al valle, y subiré por el atajo.

Y diciendo y haciendo, se escurrió bajo la sombra de los árboles, perdiéndose en lo más espeso de los senderos.

El Diputado, pensativo, cabizbajo, llevando delante de los ojos la imagen de la hermosa Eva que había encendido su deseo, salió del valle como debió salir Adán del Paraíso.



### CAPÍTULO XIII.

#### PLAN DE CAMPAÑA.



QUEDABA por cumplir en el programa de las fiestas, acordado por el Ayuntamiento como homenaje rendido á la popularidad del Diputado, la gran cacería, destinada á ser memorable en los fastos venatorios de la villa de los Remedios.

Al interés natural de la fiesta se añadía la circunstancia de un ojeo que pusiera término á las fechorías del lobo que á la sazón ensangrentaba los rebaños que pacían en toda la comarca contigua á la sierra. La fiera tenía amedrentados á los perros, y penetraba de noche en los rediles, escogiendo á su gusto la presa más regalada. Demasiado astuto para caer en

las trampas armadas por los pastores, era señor de horca y cuchillo en todos aquellos contornos.

Preso el lobo en la red de un ojeo bien dirigido, vendría á ser una gloria más añadida á la popularidad del Diputado: así es que el alcalde no perdonaba medio alguno que pudiese hacer más eficaz la batida.

Desde luego contó con tres elementos indispensables para el éxito seguro de la empresa, y estos tres elementos eran: el primero de los tres serenos de la villa, que tenía á su cargo la vigilancia nocturna del centro de la población, y que, en punto á cazar, daba la hora; el sacristán de la iglesia mayor, cazador hábil, concienzudo, de buen ojo, que no gastaba la pólvora en salvas, que había recibido la afición á la caza como una herencia, pues venía en la familia desde muy antiguo de padres á hijos; y el síndico, hombre que conocía al dedillo todos los escondrijos de la sierra, las más ocultas emboscadas de los pinares, y las trochas más escondidas del monte bajo.

—Síndico (le decía el alcalde); hay que echar el resto.

—Lo echaremos,—contestaba el *Ermitaño*.

—Tú, apagaluces (añadía, dirigiéndose al sacristán). Vamos á ver cómo te portas. Si tu

padre viviera, ya estaría el lobo en el otro mundo.

—Como le eche la vista encima (contestó el sacristán), es hombre muerto.

—Oye (le advirtió el alcalde): ya sabes que el señor Diputado es el que ha de matar á la fiera. ¿Lo entiendes? Lo ha acordado así el Ayuntamiento.

Luego, volviéndose al sereno, le dijo:

—Juan Pito, no vayas á dormirte en el monte, como te duermes en el pueblo en los portales de las casas.

—No pego ojo, señor alcalde (replicó el sereno): y lo que es en el monte, no se me han de pegar las sábanas.

Hablaban así reunidos en la sala capitular, donde habían sido convocados por el Presidente del Ayuntamiento, el que, hechas las advertencias que hemos visto, los abandonó, diciéndoles:

—Ahí os quedáis; arreglad bien la cosa, de manera que la fiesta sea completa.

Los tres directores de la batida comenzaron á ordenar el plan de campaña necesario para rendir á tan terrible enemigo.

—El lobo caza de noche,—dijo el *Ermitaño*.

—De noche caza (afirmó el sacristán), porque de día nadie le ha visto el pelo.

—Eso quiere decir (añadió el sereno) que hay que buscarle las cosquillas de día claro. Sacristán, ¿no es esto?

—Eso mismo. El lobo saldrá de su guarida al caer de la noche, y bajará, ó por el *Barranco de las cabras*, ó por el *Cortado de los lentiscos*. Hay que dejar que vuelva con su presa para empezar el ojeo, y lo cogemos cansado y harto.

—Se nos puede escapar por la *Garganta del pozo* que da al otro lado de la sierra,—observó el *Ermitaño*.

—Y si por ahí toma soleta (añadió el sereno), échenle galgos.

—Yo me encargo de la *Garganta* (dijo el sacristán). Tú, Pito, te sitúas sobre el *Barranco*, y el *Ermitaño* se coloca sobre el *Cortado*. Si á alguno le acomoda cambiar de sitio, yo cedo el mío.

—Es lo mismo uno que otro (dijo el síndico). Cada uno en su sitio pasará la noche atisbando la vuelta del lobo. ¿No es esto?

—¿Y la gente?—preguntó Juan Pito.

—La gente (contestó el sacristán) se hará tres grupos: uno para el *Barranco*, otro para el *Cortado* y otro para la *Garganta*.

El concejal movió la cabeza con aire de duda, y el sereno entornó los ojos y torció la boca como quien no ve del todo claro.

—¿Qué dificultad tiene esto?—preguntó el sacristán.

—Una (le contestó el *Ermitaño*). El lobo es viejo y astuto, la gente hace ruido, y si llega á oler el queso, nos deja plantados.

—No (replicó el sacristán); porque la gente pasará la noche repartida; un grupo en el *Cortijo nuevo*, al pie de la sierra, á la derecha del *Cortado*; otro en la *Almazara del Olivar*, á la parte allá del *Barranco*, y el otro dormirá en *Casasola*, á la caída de la *Garganta*.

Con el codo sobre la mesa y la barba en el hueco de la mano, el síndico escuchaba atentamente, y el sereno, de pie por respeto al sitio en que se veía, no pestañeaba.

—Al amanecer (siguió diciendo el sacristán) se pone la gente en movimiento; llegan ya muy de día á los sitios en que nosotros estamos; se extiende á derecha é izquierda, y á una señal, que será un escopetazo que yo soltaré desde la *Garganta*, y al que vosotros me contestaréis con otro, empezaremos el ojeo, y si el lobo está dentro no se escapa.

—De fijo (afirmó el síndico), no puede escaparse. Señor sacristán, el plan es de mano maestra; y si se guarda mucho silencio durante la noche para que no se escame, la cosa es hecha, y vengan lobos.

—¿Y para qué (preguntó Juan Pito) hemos de pasar nosotros la noche en vela?

El síndico se apresuró á contestarle :

—¡Ah, sereno, sereno!.... El sueño ha de ser tu perdición. ¿Te parece que estará demás tener, al empezar el ojeo, algún relámpago de que está el lobo dentro?

—Soy un bestia (dijo el sereno) : mil veces me lo he dicho : «Juan, no hables delante de la gente, porque siempre enseñas la oreja.»

Como acabamos de ver, el plan consistía en formar un triángulo, cuyos tres ángulos habían de estar vigilados durante la noche por el *Ermitaño*, el sacristán y el sereno, encerrando en el centro la parte más agreste y montaraz de la sierra, donde todas las señales indicaban que debía tener la fiera su guarida. Los ojeadores se extenderían á la vez desde los tres puntos indicados, formando los tres lados del triángulo, é irían estrechando gradualmente las distancias en el curso de la batida.

Según el síndico, el lobo no tendría escape, y con el entusiasmo propio del hombre que lo entiende, felicitaba al sacristán, diciéndole :

—Compañero, va á ser un golpe maestro.

—Nada de perros (advertía el sacristán), porque si ventean la caza, ladrarán, y somos perdidos. Yo sí llevaré á *Minerva*, porque mi

perra no chistaré, aunque tenga el lobo á boca de jarro.

Como debe suponerse, en el pueblo no se hablaba de otra cosa : cabalmente los últimos destrozos hechos por el lobo tenían los ánimos soliviantados, y ya era preciso acabar de una vez con aquella fiera, que no dejaba cordero á vida. Así es que la gente de escopeta y morral acudía presurosa al Ayuntamiento, dispuesta á apuntarse para tomar parte en la batida.

Todo estuvo dispuesto para el día 9 de Marzo, y á la caída de la tarde se fueron reuniendo, á la salida del pueblo por la parte que mira á la sierra, los ojeadores, que iban de mano armada á decirle al lobo cuántas son cinco.

Allí se despedían las madres de los hijos, abrazándolos como si fuesen á emprender un viaje á las Indias, y las mujeres abrazaban también á sus maridos, ni más ni menos que si los vieses en la misma boca del lobo. En cuanto á las mozas, no se puede decir que abrazaban á sus novios, pero no habría de faltar algún pellizco perdido ó algún apretón llovido del cielo, y en las miradas, detrás de las que se les iban los ojos, bien dejaban traslucir que cada hija de su madre se quedaba con veinte abrazos dentro del cuerpo.

Llegó la hora de la última despedida, y todo

fué encargos, recomendaciones, advertencias, consejos y algunas lágrimas; parecía que ya le estaban viendo las orejas al lobo.

Á las órdenes del sacristán marchó delante el grupo que debía ocupar el punto más distante, á saber, *Casasola*, que caía al otro lado de la *Garganta*. Después se puso en marcha, capitaneado por el sereno, el segundo grupo, que había de ocupar la *Almazara* á la salida del *Barranco*; y, por último, tomó el camino el tercer grupo, que debía pasar la noche en el *Cortijo nuevo* antes de llegar al *Cortado*. De los tres puntos estratégicos, éste era el más inmediato al pueblo, y lo dirigía el síndico.

Luego que el último grupo se perdió en las curvas del camino, salió la galera del Alcalde ocupada por el Ayuntamiento, en la que llevaban al Diputado en triunfo, y él por su parte no encubría la emoción que la empresa le causaba, tanto, que se advertía más movilidad en sus ojos, más inquietud en sus ademanes, más palidez en su semblante. Se reía mucho, sí, pero no con la espontaneidad de otras veces.

Los concejales lo miraban á hurtadillas, y se daban con los codos, diciéndose al oído unos á otros:

—Vamos á tener Diputado para toda la vida.

—Sí; la *Cañizara* le ha cogido el pan bajo el sobaco.

Alguna vez se quedaba como pensativo; pero pronto se desembarazaba de la tenacidad de su pensamiento, y cuento va, cuento viene, el camino se pasó como un soplo.

La noche cayó tristemente sobre la población; las puertas de las casas se cerraron temprano; las familias se recogieron al toque de ánimas, y las mozas más dispuestas á pelar la pava tuvieron que entregarse en brazos del sueño, huyendo de la soledad de las calles. Porque.... ¡ya se ve!, la flor y nata de la villa estaba en la sierra, y no había que esperar embozados solitarios en las esquinas, ni pensar en ventaneos silenciosos á las altas horas de la noche, ni en guitarras enamoradas al pie de los balcones.

La noche era oscura.... ¡lástima de noche!; pero no había más remedio que meterse en la cama y dormir á pierna suelta.

Entre tanto los ojeadores, dirigidos por el síndico, el sacristán y el sereno, tomaban posiciones, marcando los tres puntos del triángulo en que el lobo había de caer al día siguiente.

El *Ermitaño* instaló su gente en el *Cortijo nuevo*, encargando silencio y descanso; silencio para no alarmar á la fiera, y descanso para poder

soportar la fatiga, que empezaría á los primeros albores de la mañana.

En el mismo Cortijo se albergaban el Diputado y el Ayuntamiento. Se cenó temprano, se cenó bien y se bebió bastante, porque el elegido del pueblo hacía correr con frecuencia entre los ojeadores la bota siempre llena. El síndico hizo alarde de su habitual sobriedad, cenó poco y no bebió nada, y en vano el Diputado quiso con repetida insistencia hacerle romper el rigor de su templanza, pues no consiguió ni una vez siquiera ver el vaso en sus labios.

Antes que terminara la cena, el *Ermitaño* cogió su escopeta y su manta, y salió cautelosamente del Cortijo. La vereda que conducía á lo alto del *Cortado* se le puso delante, y comenzó á subir sondeando la oscuridad y sin perder de vista la senda que blanqueaba delante de sus pies. Subiendo, subiendo, acabó por perderse entre los chaparros que por aquella parte cubrían la falda del monte.

Poco después no se oía en el Cortijo ni el vuelo de una mosca. Solamente de vez en cuando los perros encerrados en el corral ladraban, contestando á los ladridos lejanos de otros perros. Así fué trascurriendo la noche.

Comenzó á clarear el día, y la gente encerrada en el *Cortijo nuevo* no daba señales de vida.

El Diputado fué el primero que abrió los ojos, y viendo que la luz del alba penetraba al través de las juntas de las maderas, saltó de la cama y puso la casa en movimiento.

Á los pocos momentos el grupo de ojeadores emprendió la marcha en dirección al *Cortado*. El héroe de la fiesta iba delante; quería llegar pronto y empezar el ojeo. La trocha por que caminaba lo condujo al fin á lo alto del *Cortado*. Llegó al sitio en que debía estar el *Ermitaño*, pero no estaba. Registró con mirada inquieta los chaparros que en grandes manchas cubrían el terreno, y nada vió. La palidez de la mañana aumentaba la palidez de su rostro. De pronto un silbido sordo, semejante al de la culebra, le hizo volver los ojos hacia el ramaje de una encina, que se levantaba perezosa á diez pasos de distancia. Allí estaba el *Ermitaño*.

—¡Hola, señor síndico! (gritó.) ¿Qué tal se ha pasado la noche?

—Bien (dijo saltando de la encina). Todo está hecho. El lobo ha pasado antes de amanecer por la parte baja del *Cortado*; debía llevar presa. Veamos.

En esto llegó el grupo de los ojeadores; era ya completamente de día, y la claridad permitía examinar minuciosamente el terreno. En efecto: enredados en las zarzas se veían algunos

vellones de lana, y gotas de sangre en las piedras marcaban el paso del lobo arrastrando á su presa. El rastro era seguro, y no cabía duda; la fiera estaba dentro.

—Ahora (dijo el síndico), oído á la señal.

Y volviéndose al Diputado, añadió:

—La pieza es nuestra.

Dicho y hecho: una detonación lejana resonó por la parte alta de la sierra; en el momento mismo disparó el *Ermitaño* su escopeta, y á los seis minutos, un tercer escopetazo, que estalló por la parte de la derecha, completó la señal convenida para dar principio al ojeo. La gente se extendió por uno y otro lado; llegaron á encontrarse los extremos de las líneas, y adelantando todos hacia el centro, el triángulo se convirtió en círculo.

De todos los puntos del bloqueo, y de vez en cuando, salían gritos convenidos para advertir unos á otros el camino que llevaban, pues lo rudo del monte, cada vez más agreste, las salvajes asperezas del terreno, casi inaccesible, los chaparros que cortaban el paso, los lentiscos retorcidos que cubrían las trochas, y el pinar á cada momento más espeso y sombrío, ocultaban á los ojeadores unos de otros.

El Diputado, el síndico y el alcalde marchaban delante de la línea, venciendo todas las di-

ficultades del paso, con las escopetas preparadas, el oído atento y la mirada pronta.

La fiera que se perseguía era temible por lo feroz y por lo astuta, y viéndose estrechada y sinsalida, trataría de forzar el paso acometiendo. Sería un milagro que no hubiese que lamentar alguna desgracia. Entre tantos ojeadores, ¿cuál sería la víctima? El peligro era igual para todos: un descuido podía costar la vida; á lo mejor, la fiera, agazapada en los matorrales, podía saltar de improviso sobre el cazador desprevenido. Conforme se iban acercando al centro de la batida, el peligro iba creciendo, los corazones palpitaban con más violencia, las bocas se contraían, y los ojos se agrandaban. Una piedra que rueda, una rama que se mueve, una liebre que salta, todo hacía estremecer á los ojeadores.

Ante el peligro no hay disimulo: es la ocasión en que más fácilmente se descubre el carácter del hombre. El síndico se adelantaba con paso seguro y rostro sereno; el Diputado llevaba la inquietud en los ojos y la indiferencia en la sonrisa, y el alcalde, todo ojos y todo oídos, no veía más que lobos.

Llegaron á una especie de explanada rodeada de pinos y cubierta de maleza, en la que dos grandes peñascos, separados por la base y apoyados uno en otro por la parte superior, forma-

ban una especie de cueva sombreada por la ancha copa de un pino desgajado.

El *Ermitaño* detuvo con la mano á sus compañeros y les señaló con el dedo la boca de la madriguera; luego se acercó muy cautelosamente y examinó la entrada de la cueva, registrando con la mirada la oscuridad del fondo, y volviéndose, les dijo á media voz:

—Es la guarida, pero no está el lobo.

En aquel momento estalló en la parte alta del monte, por encima de la cueva, furiosa gritería, y sonó un tiro, y luego otro, cuyas balas silbaron por la derecha. En seguida la maleza se agitó delante de sus ojos, á treinta pasos de distancia, y poco después oyeron por la izquierda un grito terrible y dos nuevos disparos.

Antes que tomaran determinación alguna, crujió el monte bajo por el lado en que se había oído el grito, y de repente, por medio de un salto vigoroso, el lobo, acosado, se plantó delante de ellos.

Era enorme; el pelo gris leonado se erizaba sobre el lomo; las rayas negras de sus patas delanteras atestiguaban que era ya viejo en el oficio de devorar reses; los ojos, oblicuos, lanzaban llamaradas amarillas; la cola, derecha, indicaba la actividad de su fiereza, y el hocico, agudo, descubría amenazadores los duros colmillos.

Afortunadamente, sorprendido por la presencia de los tres cazadores, se detuvo indeciso, sin saber qué partido tomar. Habría preferido huir, pero el instinto le advertía que los caminos estaban cerrados, y fijo en los tres adversarios que le cortaban el paso, parecía recoger todas sus fuerzas, resuelto á vender cara la vida.

La presencia de la fiera produjo en los cazadores súbita sorpresa: el síndico permaneció inmóvil, el Diputado se echó la escopeta á la cara, y el alcalde retrocedió. Se hallaba el lobo á diez pasos de ellos, delante de la entrada de la madriguera, como quien defiende su casa. El Diputado hizo fuego, y la fiera cayó sobre él como un rayo, derribándolo en tierra.

El momento era crítico y supremo; el Diputado se encontraba bajo las uñas del lobo que desgarraban su pecho, y los dientes de la fiera, que rugía de cólera, comenzaban á hundirse en su garganta; en vano al caer había interpuesto entre los colmillos del lobo y su cuello el cañón de su escopeta.... Estaba perdido: un minuto más, y la villa de los Remedios tendría que elegir un nuevo representante.

Á seis pasos de la catástrofe, el *Ermitaño* seguía con ávidos ojos los rápidos incidentes de aquella lucha mano á mano entablada entre el

lobo y el hombre. Poco á poco fué alzando la escopeta hasta colocarla á la altura de sus ojos; entonces apuntó, hizo fuego, y el hombre y el lobo rodaron por la maleza: el señor alcalde había desaparecido.



#### CAPÍTULO XIV.

##### LA CAZA DEL LOBO.

**C**ONTINUAS noticias del suceso llegaban al pueblo desde el amanecer, propagándose de boca en boca y llevando la inquietud y la zozobra de casa en casa. Desde las primeras horas de la mañana corrió la voz de que el lobo, encerrado dentro de la batida, se defendía furiosamente contra las asechanzas de los ojeadores, y de puerta á puerta y de ventana á ventana se comentaba el caso, despertando la ansiedad de las mujeres, que no esperaban nada bueno de aquella cacería.

Poco después se esparció un rumor pavoroso: se decía que el lobo era formidable; que medía tres varas de largo y cerca de dos varas de alto;

: